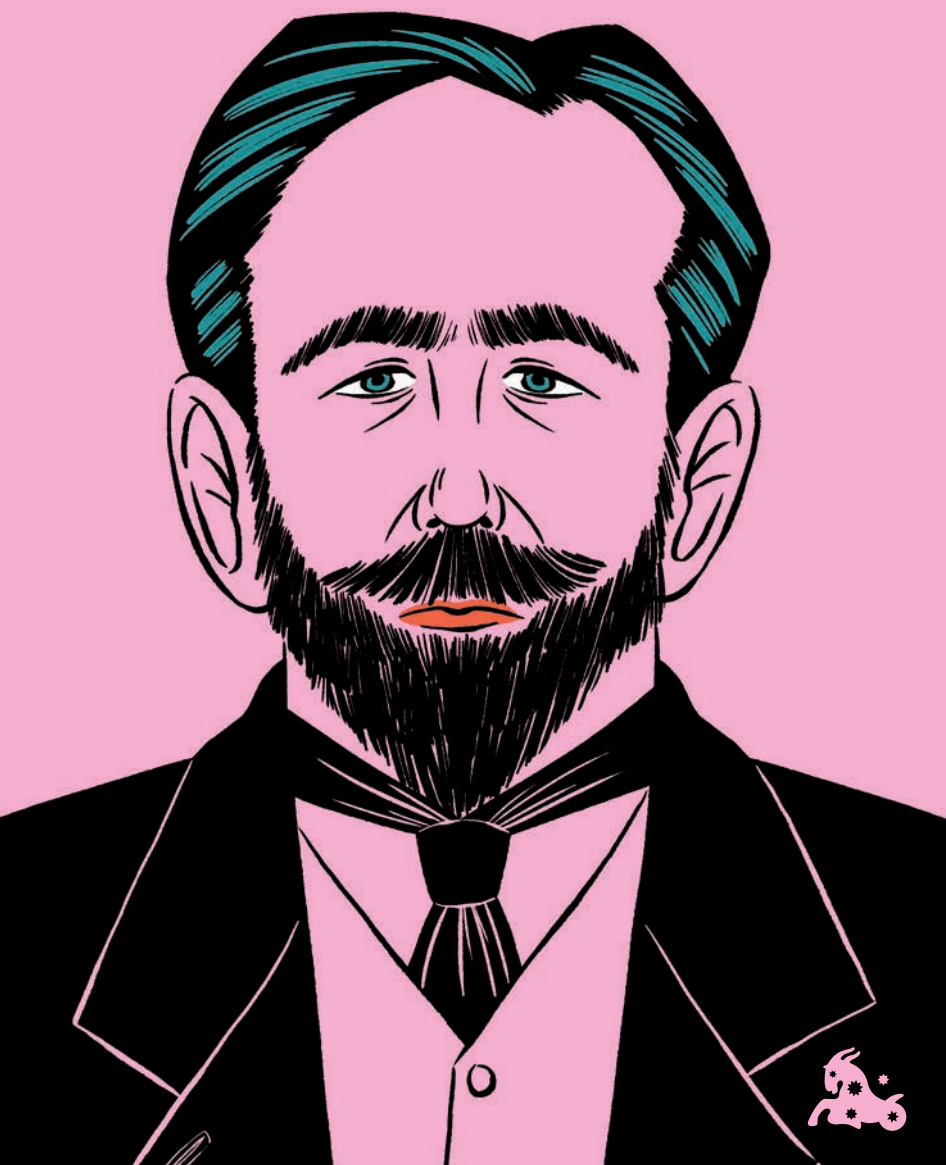


CUENTOS DE
JOSEPH CONRAD



CUENTOS DE
JOSEPH CONRAD

Traducción
Eduardo Jordá





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Títulos originales de los cuentos: *The Lagoon*, *An Outpost of Progress*, *Il Conte* y *The Tale*

© de la traducción: Eduardo Jordá, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Austral / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Núria Just

Primera edición en Austral: mayo de 2024

Depósito legal: B. 6.484-2024

ISBN: 978-84-08-28828-2

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

Índice

La laguna	7
Una avanzadilla del progreso.....	31
Il Conde	73
La historia.....	101

La laguna

El hombre blanco, apoyado con los dos brazos sobre la caseta de popa, le dijo al timonel:

—Pasaremos la noche en el claro de Arsat. Se ha hecho tarde.

El malayo se limitó a soltar un gruñido y mantuvo la vista fija en el río. El hombre blanco reclinó la barbilla sobre los brazos cruzados y se puso a observar la estela de la barca. Al final de la recta avenida de jungla atravesada por el intenso fulgor del río, el sol aparecía centelleante y diáfano, posado cerca del agua lisa que brillaba como una lámina de metal. La jungla, sombría y monótona, se erguía silenciosa e inmóvil a cada lado de la amplia corriente. Al pie de los gigantescos árboles, las palmas de nipa de tronco sumergido surgían del barro de la orilla y se elevaban en enormes racimos de hojas que colgaban inmóviles sobre las pardas espirales de los remolinos. En medio del aire inamovible, cada árbol, cada hoja, cada brote, cada zarcillo de planta trepadora y cada

pétalo de las minúsculas flores parecía haber sido hechizado hasta quedar atrapado en una inmovilidad perfecta e inexorable. Nada se movía en el río salvo los ocho remos que salían regularmente del agua, resplandecientes, y volvían a hundirse con un único chapoteo; y mientras tanto, el timonel movía el remo a derecha e izquierda con un súbito y constante vaivén que trazaba un fulgurante semicírculo sobre su cabeza. El agua removida por los remos borboteaba emitiendo un confuso murmullo. Y la canoa del hombre blanco, que remontaba la corriente entre el breve alboroto que ella misma provocaba, parecía adentrarse en el umbral de una tierra en la que la misma idea del movimiento se hubiera desvanecido para siempre.

El hombre blanco se colocó de espaldas al sol poniente y observó el amplio y desierto estuario. Durante las últimas tres millas de su curso, el río tortuoso e indeciso, como si estuviera atraído por la libertad del horizonte abierto, fluye directamente hacia el mar, fluye directamente hacia el oriente, hacia el oriente que alberga a la vez la luz y la oscuridad. A popa de la barca se oía el canto repetitivo de un ave, un grito débil y discordante que rebotaba sobre el agua lisa y se perdía, antes de que pudiera alcanzar la otra orilla, en el silencio sin respiración del mundo.

El timonel hundió el remo en la corriente y lo mantuvo firme con los brazos rígidos y el cuerpo inclinado hacia delante. El agua gorgoteaba con fuerza, y de pronto el largo y recto estuario pareció rotar sobre su propio eje, la jungla giró trazando un

semicírculo y los rayos oblicuos del sol tocaron el costado de la canoa emitiendo un resplandor ígneo que proyectó las flacas y distorsionadas sombras de la tripulación sobre el fulgor estriado del río. El hombre blanco se dio la vuelta y miró al frente. La canoa había virado en ángulo recto con respecto a la corriente, y la cabeza de dragón tallada en la proa señalaba ahora un hueco entre la espesura que bordeaba la orilla. La barca se deslizó a través del follaje, rozando las ramas colgantes, y desapareció del río como si fuera una esbelta criatura anfibia que salía del agua en busca de la madriguera en la jungla.

La angosta ensenada era como una zanja: sinuosa, increíblemente profunda y rebosante de oscuridad bajo la delgada línea de puro y resplandeciente azul del cielo. Los árboles inmensos se elevaban invisibles tras las festoneadas colgaduras de las plantas trepadoras. Aquí y allá, cerca de la negrura centelleante del agua, la retorcida raíz de un árbol aparecía entre la tracería de los pequeños helechos negros y opacos, que se contraían estáticos como una serpiente al acecho. Las breves palabras de los remeros retumbaban entre el tupido y sombrío muro de la vegetación. La oscuridad rezumaba por entre los árboles, se derramaba desde las enormes y fantásticas hojas detenidas y atravesaba el laberinto enmarañado de las plantas trepadoras: la oscuridad misteriosa e invencible; la aromática oscuridad venenosa de la jungla impenetrable.

Los hombres empezaron a usar los remos como pértigas en las aguas poco profundas. La ensenada se ensanchó y dio paso a la amplia extensión de una

laguna estancada. La jungla retrocedía en la orilla pantanosa y dejaba a la vista una franja uniforme de verde centelleante y juncos que enmarcaban el azul del cielo que se reflejaba en el agua. Muy arriba, vagaba una algodonosa nube rosada que dejaba la estela del delicado color de su imagen bajo las hojas flotantes y las flores plateadas de los lotos. Una casita que se levantaba sobre altos pilotes se destacó a lo lejos. A su lado, dos grandes arecas que parecían haber salido de la jungla se inclinaban sobre la destartalada techumbre, como si torcieran las frondosas cabezas colgantes con melancólica ternura y también con preocupación.

El timonel señaló con el remo y dijo:

—Arsat está en la casa. Se ve la canoa amarrada a los pilotes.

Los remeros hundían las pértigas a ambos lados de la barca preocupados por el final de la navegación de aquel día. No les hacía ninguna gracia pasar la noche en aquella laguna de aspecto siniestro y con fama de espectral. Además, no les gustaba Arsat: primero, porque era un extraño, y también porque aquel que repara una casa en ruinas y se queda a vivir en ella proclama a los cuatro vientos que no teme vivir entre los espíritus que acechan los lugares abandonados por los humanos. Un hombre así es capaz de alterar el curso del destino con una simple mirada o una sola palabra. Y sus fantasmas más familiares no se dejarán engatusar por los visitantes ocasionales a los que desearían hechizar con la maldad de su amo humano. Los blancos no piensan en estas cosas, ya que no creen en nada y están confabu-

lados con el Padre del Mal, quien les permite salir indemnes de los peligros invisibles de este mundo. Y ellos oponen a las advertencias de los virtuosos la insultante simulación de la falta de fe. ¿Qué se puede hacer ante eso?

Eso pensaban mientras descargaban el peso del cuerpo sobre el extremo de sus largas pértigas. La gran canoa se deslizó muy ligera, sin hacer ruido, hacia el claro de Arsat hasta que, entre un gran estrépito de pértigas arrojadas al suelo y fuertes murmullos de «Alá sea loado», se detuvo con un ligero golpe al topar con los pilotes retorcidos que había bajo la casa.

Los remeros levantaron la cabeza y chillaron con voces discordantes:

—¡Arsat! ¡Eh, Arsat!

Nadie salió a recibirlos. El hombre blanco empezó a subir por la tosca escalerilla que llevaba a la plataforma de bambú que había delante de la casa. El *juragan* de la barca dijo de mal humor:

—Tendremos que preparar la comida en el sam-pán y dormir en el agua.

—Pásame las mantas y el cesto —dijo secamente el hombre blanco.

Luego se arrodilló al borde de la plataforma para recoger el bulto. La barca se alejó y el hombre blanco, incorporándose, se encontró frente a Arsat, que acababa de salir por el portillo de su cabaña. Era un hombre joven, fuerte, de pecho amplio y brazos musculados. No llevaba más ropa que el sarong. Llevaba la cabeza descubierta. Sus grandes ojos mansos miraron inquietos al hombre blanco, pero su voz y

sus ademanes no se alteraron cuando preguntó sin haber saludado:

—¿Tienes la medicina, Tuan?

—No —dijo el visitante en tono perplejo—. ¿Por qué la quieres? ¿Hay algún enfermo en la casa?

—Entra y verás —replicó Arsat con la misma actitud reposada, y después de darse la vuelta, volvió a meterse por el portillo. El hombre blanco soltó los bultos y le siguió.

A la tenue luz que había en la morada, vio tendida en un jergón de bambú a una mujer cubierta por una amplia tela de algodón rojo. La mujer yacía inmóvil, como si estuviera muerta, pero sus grandes ojos, abiertos de par en par, resplandecían en medio de la oscuridad y miraban fijamente, inmóviles y sin ver nada, las delgadas vigas del techo. Tenía fiebre muy alta y evidentemente se hallaba inconsciente. Tenía las mejillas ligeramente hundidas y los labios semiabiertos, y en su joven rostro se había impreso una ominosa expresión inalterable: la expresión absorta, contemplativa, de las personas que van a morir. Los dos hombres se quedaron quietos, mirándola en silencio.

—¿Lleva mucho tiempo enferma? —preguntó el viajero.

—Llevo cinco noches sin dormir —contestó el malayo con voz pausada—. Al principio oía voces que la llamaban desde el agua y quería soltarse de mí porque yo tenía que sujetarla. Pero desde que hoy ha salido el sol, no oye nada. Ni siquiera me oye a mí. Y ya no ve nada. Ni me ve a mí. ¡A mí!

Se quedó un minuto en silencio, y luego preguntó en voz baja:

—Tuan, ¿se va a morir?

—Me temo que sí —contestó el hombre blanco, apenado.

Había conocido a Arsat años atrás, en una tierra lejana y en tiempos de combates y peligros, cuando no se puede desdeñar ninguna amistad. Y dado que su amigo malayo había llegado, inesperadamente, a vivir en aquella choza en la laguna con una mujer desconocida, él había pasado muchas noches allí durante sus travesías a lo largo del río. Le gustaba aquel hombre que se fiaba de los consejos que le daban y que sabía luchar sin miedo al lado de su amigo blanco. Le tenía aprecio, aunque tal vez no fuera el mismo aprecio que un hombre siente por su perro favorito, pero aun así le tenía el suficiente aprecio como para ayudarle sin hacer preguntas, y como para pensar a veces, vaga y confusamente, en medio de sus propios afanes, en aquel hombre solitario y en la mujer de cabello largo —con el rostro audaz y ojos de vencedora— que vivían ocultos en la jungla: solos los dos, y temidos.

El hombre blanco salió de la choza a tiempo de ver el gigantesco incendio del atardecer que se apagaba entre las sombras furtivas que surgían como un vapor negruzco de las copas de los árboles y se extendían por el cielo sofocando el resplandor carmesí de las nubes y el fulgor rojizo de la luz agonizante. A los pocos minutos se hicieron visibles todas las estrellas sobre la intensa negrura de la tierra, y la gran laguna que había empezado a iluminarse con el reflejo de las luces parecía una porción oval del firmamento que hubiera sido arrojada a la noche abismal

y sin esperanza de las tierras salvajes. El hombre blanco sacó algo de comida de la cesta y luego encendió una fogata con unas ramitas, pero no para calentarse sino para ahuyentar a los mosquitos con el humo. Se envolvió en la manta y se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra la pared de cañas de la casa. Pensativo, se puso a fumar.

Arsat salió por el portillo con pasos inaudibles y se acuclilló frente a la fogata. El hombre blanco movió un poco las piernas extendidas.

—¡Respira! —dijo Arsat en voz baja, adelantándose a la pregunta inminente—. Respira y arde como si tuviera fuego. No habla, no oye, pero está ardiendo.

Hizo una breve pausa, y después preguntó muy tranquilo, como si no le interesara lo que decía:

—Tuan... ¿va a morir?

El hombre blanco movió inquieto los hombros y musitó con aire dubitativo:

—Si es su destino...

—No, Tuan —dijo Arsat sin perder la calma—. Si ese es mi destino. Oigo. Veo. Espero. Y me acuerdo... Tuan, ¿te acuerdas de los viejos tiempos? ¿Te acuerdas de mi hermano?

—Sí —contestó el hombre blanco.

El malayo se puso en pie de improviso y entró en la casa. El otro, que seguía inmóvil en el exterior, pudo oír la voz que sonaba en la choza. Arsat decía:

—¡Escúchame! ¡Habla!

Después de sus palabras se hizo el silencio.

—¡Oh, Diamelen! —gritó de repente.

Después del grito se oyó un profundo suspiro.

Arsat salió de la casa y volvió a desplomarse en el lugar que había ocupado antes.

Los dos se quedaron en silencio delante del fuego. No se oía ningún ruido en la casa y tampoco se oía nada a su alrededor. Pero a lo lejos, en la laguna, se podían oír las voces de los remeros que resonaban nítidas y sincopadas sobre el agua quieta. La hoguera que ardía en la proa del sampán relucía con un débil resplandor rojizo. Luego se apagó. Las voces dejaron de sonar. La tierra y el agua dormían invisibles, inamovibles y mudas. Era como si no quedase nada en el mundo salvo el brillo del torrente de estrellas, vano e incesante, atravesando la negrura inalterable de la noche.

El hombre blanco miró con los ojos muy abiertos la oscuridad que tenía delante. Y el miedo y la fascinación, la inspiración y el asombro de la muerte —de la muerte próxima, inevitable, invisible—, aliviaban la inquietud de su raza y removían en su mente los pensamientos más confusos y recónditos. La sospecha siempre presente del mal, esa sospecha insistente que anida en nuestro corazón, se expandía en la quietud que lo rodeaba —en la quietud insondable e inerte— y la hacía parecer indigna de confianza y también infame, como la plácida máscara impenetrable con que justificamos la violencia injustificable. Y en medio de ese fugaz trastorno de su ser, la tierra envuelta en la paz de las estrellas se convirtió en un sombrío país de luchas inhumanas, en un campo de batalla de terribles fantasmas —majestuosos o innobles— que luchaban con ferocidad por la posesión de nuestras almas indefensas. Un

misterioso país agitado por deseos y temores inextinguibles.

Un murmullo quejumbroso se elevó en medio de la noche: un murmullo que entristecía y sobresaltaba a la vez, como si las vastas soledades silvestres que lo rodeaban hubieran intentado susurrarle al oído la sabiduría de su inmensa y altiva indiferencia. Unos sonidos confusos y vacilantes flotaban en torno suyo, y poco a poco fueron cobrando la forma de palabras, hasta que se transformaron en una rumorosa corriente de suaves frases monocordes. Se movió como un hombre que se despierta de repente y cambió ligeramente de postura. Arsat, inmóvil y espectral, sentado con la cabeza gacha bajo las estrellas, estaba hablando en voz muy baja y soñadora:

—... porque ¿dónde podemos aliviar nuestra pesadumbre si no es en el corazón de un amigo? Un hombre debe hablar de la guerra y del amor. Tú, Tuan, conoces la guerra y me has visto en tiempos de combates buscando la muerte como otros hombres buscan la vida. Se puede perder lo escrito y se puede escribir una mentira; pero lo que un ojo ha visto es verdad y queda grabado en la mente.

—Sí, me acuerdo —dijo el hombre blanco en voz baja. Arsat continuó con afligida medida:

—Por lo tanto, voy a hablarte de amor. Y hablaré en la noche. Hablaré antes de que desaparezcan la noche y el amor, y el ojo del día pueda ver mi pena y mi vergüenza, mi cara ennegrecida, mi corazón calcinado.

Un suspiro, breve y profundo, marcó una pausa

casi imperceptible, y luego sus palabras continuaron sin una sola agitación, sin un solo gesto.

—Después de los combates, cuando se terminó la guerra y te fuiste de mi tierra siguiendo tus propios intereses (cosas que nosotros, hombres de las islas, no podemos entender), mi hermano y yo volvimos a ser, igual que lo habíamos sido antes, los portadores de la espada del Rajá. Ya sabes que éramos de la familia, pertenecíamos a la raza gobernante y estábamos más capacitados que nadie para portar sobre el hombro derecho el emblema del poder. Y así, en tiempos de prosperidad Si Dendring nos prodigó sus favores, de la misma manera que nosotros, en tiempos de penalidades, le habíamos demostrado la fidelidad de nuestro coraje. Aquello ocurrió en una época de paz: un periodo de caza de ciervos y peleas de gallos, de charlas indolentes y riñas estúpidas entre hombres que tienen la tripa llena y las armas oxidadas. El sembrador veía crecer sin temor los brotes de arroz y los mercaderes iban y venían: partían flacos y volvían gordos al río de la paz. Y también traían noticias. Traían mezcladas verdades y mentiras, así que ningún hombre sabía cuándo debía alegrarse y cuándo debía entristecerse. Y fueron los mercaderes los que nos trajeron noticias de ti. Te habían visto aquí y te habían visto allá. Y yo me alegraba de oírlo, porque recordaba los tiempos de tribulaciones y porque siempre me acordaba de ti, Tuan, hasta que llegó el día en que mis ojos no querían ver nada del pasado porque se habían posado en la mujer que se está muriendo aquí mismo, en la casa.

Se detuvo y exclamó con un fuerte suspiro:

—¡Oh, Mara bahia! ¡Ay, qué calamidad!

Luego continuó hablando en voz más alta:

—No hay peor enemigo ni mejor amigo que un hermano, Tuan, porque un hermano conoce al otro y en ese conocimiento perfecto radica el poder de hacer el bien o hacer el mal. Yo quería a mi hermano. Pero fui a verlo y le dije que mis ojos solo podían ver un único rostro y mis oídos solo podían oír una voz. Me dijo: «Abre tu corazón para que ella pueda ver lo que hay dentro. Y espera. La paciencia es sabiduría. Puede que Inchi Midah se muera o que nuestro Rajá pierda el miedo que siente por esa mujer». Y esperé. Tú te acuerdas, Tuan, de la mujer con el rostro velado y del miedo que nuestro Rajá sentía por su astucia y su mal genio. Y si ella quería a su sirviente, ¿qué podía hacer yo? Pero yo saciaba el hambre de mi corazón con breves miradas y palabras furtivas. De día deambulaba por el sendero que llevaba a la casa de baños, y cuando el sol se había ocultado en la espesura, me deslizaba por los setos de jazmín que llevaban al patio de las mujeres. Sin vernos, hablábamos envueltos en el aroma de las flores, separados por el velo de las hojas y las briznas de la alta hierba que se interponía entre nosotros: así de grande era nuestra prudencia y así de débil era el murmullo que surgía de nuestro enorme anhelo. El tiempo pasó deprisa... Y las mujeres empezaron a cuchichear, y nuestros enemigos nos vigilaban, y mi hermano se mostraba taciturno, y yo empecé a pensar en matar y en aceptar una muerte honrosa... Somos un pueblo acostumbrado a tomar lo que quiere,

igual que vosotros, los blancos. Y llega un tiempo en que un hombre debe olvidar la lealtad y el respeto debidos. A los soberanos se les concede el poder y la autoridad, pero a los hombres se les concede el amor y la fuerza y el coraje. Mi hermano dijo: «Tendrás que llevártela. Somos dos que actúan como uno solo». Y yo le contesté: «Que sea pronto, porque no hay calor si el sol brilla cuando ella no está conmigo». El momento llegó cuando el Rajá y todo su séquito fueron a la boca del río a pescar a la luz de las antorchas. Había cientos de barcas, y sobre la arena blanca, entre el agua y la jungla, se levantaron cabañas de hojas de palma para alojar a los acompañantes del Rajá. Al atardecer, el humo de las hogueras que preparaban la comida se elevaba como una neblina azul y las voces alegres resonaban en el aire. Cuando estaban preparando las barcas para salir a pescar al embalo, mi hermano vino a verme y me dijo: «¡Esta noche!». Miré mis armas, y cuando llegó la hora, nuestra barca ocupó su lugar en el círculo de las embarcaciones provistas de antorchas. Las luces brillaban sobre el agua, pero detrás de las barcas solo había oscuridad. Cuando empezaron los gritos y los pescadores se volvieron como locos, nos escabullimos. El agua se tragó nuestra antorcha y volvimos a la orilla, que estaba a oscuras y en la que solo se veían unas pocas brasas alumbrando aquí y allá. Se oía a las esclavas charlando de choza en choza. Y entonces encontramos un lugar silencioso y desierto. Esperamos allí. Y ella llegó. Llegó corriendo por la orilla, muy deprisa y sin dejar rastro, como una hoja arrastrada por el viento hasta el mar. Mi hermano

dijo, sonrío: «Ve a recogerla y tráela a la barca». La levanté en brazos. Jadeaba. Su corazón latía contra mi pecho. Dije: «Ya no perteneces a esa gente. Has venido al oír el grito de mi corazón, pero mis brazos te llevan a la barca en contra de la voluntad del más grande». «Así sea», dijo mi hermano. «Somos hombres que toman lo que quieren y que saben defenderse de una multitud. Deberíamos habérnosla llevado en pleno día.» Dije: «Vámonos ya», porque en cuanto ella se subió a la barca, empecé a pensar en los muchos hombres al servicio del Rajá. «Sí, vámonos», dijo mi hermano. «Ahora somos forajidos y esta barca es nuestra única tierra y el mar es nuestro refugio.» Todavía tenía el pie en la orilla, así que le pedí que se diera prisa, ya que recordaba los latidos de aquel otro corazón contra mi pecho y sabía que dos hombres no pueden resistir el asalto de un centenar. Zarpamos y fuimos remando río abajo muy cerca de la orilla. Cuando pasamos por la enseada donde estaban pescando ya habían cesado los gritos, pero el murmullo de las voces resonaba como el zumbido de los insectos al mediodía. Las barcas flotaban en grupo a la luz roja de las antorchas bajo un velo negro de humo. Y mientras tanto, los hombres hablaban de sus diversiones favoritas. Aquellos hombres que se jactaban y ensalzaban y se burlaban habían sido nuestros amigos por la mañana, pero por la noche ya eran nuestros enemigos. Remamos todo lo deprisa que pudimos: ahora ya no teníamos ni un solo amigo en el país donde habíamos nacido. Ella iba en medio de la canoa y se cubría el rostro con las manos, tan silenciosa como está ahora, y sin

ver nada, tal como está ahora; y yo no lamentaba abandonarlo todo porque podía oír cómo ella respiraba muy cerca de mí, igual que puedo oírla ahora.

Hizo una pausa, se puso a escuchar mirando hacia la puerta, luego sacudió la cabeza y continuó:

—Mi hermano quería lanzar el grito del desafío (un único grito) para que todos supieran que ahora éramos salteadores que habían nacido libres y que solo confiaban en la fuerza de sus brazos y en el mar abierto. Pero una vez más le rogué, en nombre de nuestro amor fraternal, que se quedara callado. ¿No la estaba oyendo respirar muy cerca de mí? Fuera como fuese, dentro de nada se iniciaría la persecución. Mi hermano me quería. Metía el remo en el agua sin hacer ningún ruido. Y me dijo: «Ahora solo eres medio hombre. La otra mitad le pertenece a esa mujer. Esperaré. Cuando vuelvas a ser un hombre completo, regresarás aquí conmigo y lanzarás el grito de desafío. Somos hijos de la misma madre». No contesté. Toda la fuerza y toda la voluntad que tenía estaban concentradas en las manos que sostenían el remo, ya que deseaba llegar a un lugar seguro donde no pudiera alcanzarnos ni la furia de los hombres ni el desprecio de las mujeres. Y mi amor era tan poderoso que yo creía que podría guiarme hasta una tierra donde no existiera la muerte, si al final lograba escapar de la furia de Inchi Midah y de la espada del Rajá. Así que remamos todo lo deprisa que pudimos respirando por la boca. Las palas se hundían en el agua quieta. Salimos del río y nos deslizamos por los canales que serpenteaban en las aguas poco profundas. Bordeamos la negra costa. Bordeamos las playas

de arena donde el mar habla en susurros con la tierra; el fulgor de la arena blanca destellaba y desaparecía por detrás de la barca, tal era la velocidad a la que nos movíamos. No hablábamos. Solo una vez dije: «Duerme, Diamelen, porque muy pronto vas a necesitar todas tus fuerzas». Oí la dulzura de su voz, pero no volví la cabeza. Cuando salió el sol seguíamos remando. El agua me caía por la cara como la lluvia cae de la nube. Volábamos bajo la luz y el calor. Ni una sola vez volví la vista atrás, pero sabía que los ojos de mi hermano, que estaba detrás de mí, siempre miraban al frente porque la barca avanzaba tan recta como el dardo de un hombre de los bosques al salir de la cerbatana. No había remero ni timonel mejor que mi hermano. Juntos habíamos ganado muchas carreras en aquella misma canoa, pero jamás habíamos tenido que usar tanta fuerza como aquel día, aquel día en que por última vez los dos remamos juntos. No había un hombre más valiente ni más fuerte que mi hermano. Yo no podía desperdiciar energía girando la cabeza para mirarle, pero a cada momento oía cómo se iba haciendo más fuerte el silbido de su respiración. Y él seguía sin hablar. El sol estaba muy alto. El calor se pegaba a mi espalda como una lengua de fuego. Las costillas estaban a punto de estallar, pero no me llegaba suficiente aire a los pulmones. Y entonces decidí que debía gritar con las pocas fuerzas que me quedaban: «¡Hay que detenerse a descansar!». «Muy bien», contestó con voz firme. Era fuerte. Era valiente. No sabía lo que era el temor ni la fatiga. ¡Así era mi hermano!

Un murmullo poderoso y dócil, un murmullo vas-

to y ligero —el murmullo de las hojas que tiemblan, de las ramas que se agitan— atravesó las enmarañadas profundidades de la jungla, atravesó la tersura estrellada de la laguna, y el agua lamió con un súbito chapoteo la viscosa madera de los pilotes. Un soplo de aire cálido rozó las caras de los dos hombres y se perdió con un sonido lúgubre: un soplo breve y profundo como el suspiro intranquilo de la tierra que sueña.

Arsat continuó con una grave voz monocorde:
—Hicimos varar la canoa en la arena blanca de una bahía próxima a una lengua de tierra que parecía bloquear nuestra ruta; era un cabo largo y boscoso que se adentraba en el mar. Mi hermano conocía aquel lugar. Al otro lado de la punta desemboca un río y hay un angosto sendero que cruza la jungla. Encendimos una hoguera y preparamos arroz. Luego nos echamos a dormir sobre la suave arena, a la sombra de nuestra canoa, mientras ella montaba guardia. Yo acababa de cerrar los ojos cuando oí su grito de alarma. Nos pusimos en pie. El sol ya estaba a la mitad del cielo y vimos que un prao con muchos remeros se acercaba a la boca de la bahía. Nos dimos cuenta enseguida de que era uno de los praos del Rajá. Los remeros estaban observando la orilla y nos vieron. Empezaron a tocar el gong y pusieron proa hacia la bahía. Sentí que mi corazón se volvía muy débil dentro de mi pecho. Diamelen se sentó en la arena y se cubrió el rostro con las manos. Ya no había manera de huir por mar. Mi hermano se echó a reír. Tenía el arma, Tuan, que tú le habías dado antes de partir, pero apenas tenía pólvora. Me habló

muy deprisa: «Corre, vete con ella por el sendero. Yo los detendré: no tienen armas de fuego, y enfrentarse a un hombre armado significa la muerte para muchos. Corre, vete con ella. Al otro lado de la espesura hay una casa de pescadores y una canoa. Cuando termine de disparar, os alcanzaré. Corro muy bien, y antes de que nos atrapen ya nos habremos ido. Resistiré todo lo que pueda, porque ella es una mujer que no puede ni correr ni luchar, pero se ha apoderado de tu corazón con sus débiles manos». En ese momento se ocultó detrás de la barca. El prao se acercaba. Ella y yo nos pusimos a correr, y cuando nos metíamos en el sendero empecé a oír los disparos. Mi hermano disparó una vez, dos veces, y entonces cesó el ruido del gong. Se hizo el silencio por detrás de nosotros. Aquella lengua de tierra es muy angosta. Antes de que oyera a mi hermano disparar por tercera vez, vi la ribera en pendiente y vi de nuevo el agua: era la desembocadura de un ancho río. Cruzamos un calvero de hierba. Corrimos hacia el agua. Vi una choza muy pequeña en medio del barro y una canoa varada. Oí otro disparo. Pensé: «Es la última carga de pólvora». Corrimos hacia la canoa. Un hombre salió corriendo de la choza, pero me lancé sobre él y nos revolcamos juntos por el barro. Luego me levanté y el hombre yacía a mis pies. No sé si lo maté o no. Diamelen y yo metimos la canoa en el agua. Oí gritos por detrás de mí y vi a mi hermano corriendo por el calvero. Muchos hombres corrían y saltaban persiguiéndolo. La cogí en brazos y la metí en la canoa y luego salté yo. Cuando miré atrás, vi que mi hermano había caído. Se cayó de

nuevo y volvió a levantarse, pero los hombres estaban muy cerca. Gritó: «¡Ahora voy!». Los hombres casi lo habían rodeado. Miré de nuevo. Eran muchos hombres. Luego la miré a ella. Tuan, empujé la canoa y la metí en aguas profundas. Ella estaba de rodillas con el cuerpo inclinado hacia delante, y le dije: «Coge un remo». Yo empecé a hundir el otro remo en el agua. Tuan, oí los gritos de mi hermano. Le oí gritar dos veces mi nombre. Y oí voces que aullaban: «¡Matadlo! ¡Golpead fuerte!». No volví a mirar atrás. Volvió a gritar mi nombre con un alarido, como si la vida se perdiera con el grito, pero no volví a mirar atrás. ¡Era mi nombre! ¡Mi hermano! Me llamó tres veces, pero yo no temía a la vida. ¿No estaba la mujer en la canoa? ¿Y no podía encontrar con ella un lugar en el que no se conociera la muerte..., un lugar en el que la muerte no existiese?

El hombre blanco se irguió un poco. Arsat se puso en pie y se quedó quieto: era una silueta borrosa junto a las brasas agonizantes. Una neblina baja iba reptando sobre la laguna y fue borrando muy despacio los brillantes reflejos de las estrellas. Y entonces un gran manto de vapor blanco cubrió la tierra: se derramaba por la oscuridad, frío y gris, y giraba en remolinos silenciosos en torno a los troncos y a la plataforma de la casa, que parecía flotar sobre el trémulo e impalpable espejismo de un mar inexistente. Solo a lo lejos las copas de los árboles se recortaban contra el parpadeo del cielo, como una orilla sombría e intimidatoria: una orilla engañosa, despiadada y negra.

La voz de Arsat retumbó en medio de la profunda paz:

—¡La tenía a ella! ¡La tenía! Para tenerla me habría enfrentado a toda la humanidad, pero la tenía, la tenía... y...

Sus palabras resonaron en la vacía inmensidad. Se detuvo, y pareció escuchar cómo morían muy lejos de allí, donde ya no había forma de recuperarlas. Luego dijo en voz muy baja:

—Tuan, yo quería a mi hermano.

Se estremeció al sentir una ráfaga de viento. Muy por encima de su cabeza, muy por encima del silencioso mar de niebla, entrechocaron las hojas de palma con un lúgubre sonido agónico. El hombre blanco estiró las piernas. Tenía la barbilla apoyada en el pecho, y murmuró con voz triste sin levantar la cabeza:

—Todos queremos a nuestros hermanos.

Arsat prorrumpió en un violento estallido de susurros:

—¿Y a mí qué me importaba que muriera? Yo quería encontrar la paz de mi propio corazón.

Pareció oír un leve movimiento en la casa: se puso a escuchar y enseguida se metió sin hacer ruido. El hombre blanco se puso en pie. Llegaba una brisa en forma de soplos irregulares. Las estrellas tenían un brillo más pálido, como si se hubieran retirado a las profundidades heladas del espacio infinito. Tras una ráfaga de viento frío, hubo unos pocos segundos de perfecta calma y de absoluto silencio. Y después, por detrás de la negra línea ondulada de la jungla, se alzó hacia el cielo una columna de luz dorada que se desparramó en un semicírculo por el horizonte de levante. Había salido el sol. La niebla se fue disipando, dispersándose en retazos errantes

que se desvanecían en finas guirnaldas voladoras. Y la laguna quedó al descubierto, negra y bruñida, bajo las pesadas sombras al pie del muro de los árboles. Un águila blanca se elevó con un poderoso vuelo oblicuo, llegó a la claridad del sol y se vio deslumbrantemente radiante por un segundo, luego ascendió planeando hasta convertirse en una mota oscura e inmóvil que acabó desapareciendo en el azul como si hubiera abandonado la tierra para siempre. El hombre blanco, delante de la puerta, se puso a mirar hacia arriba y oyó dentro de la cabaña un entrecortado rumor de palabras confusas que culminaban en un profundo gemido. De pronto, Arsat salió tambaleándose con los brazos extendidos, temblando, y se quedó un rato quieto con los ojos fijos. Luego dijo:

—Ya no quema.

Ante su rostro, el borde del sol asomaba por encima de las copas de los árboles y ascendía a un ritmo continuado. La brisa refrescó; un enorme resplandor se esparció sobre la laguna y espejeó sobre las ondas del agua. La jungla emergió de las nítidas sombras de la mañana y se hizo diáfana, como si se hubiera acercado corriendo hasta detenerse en seco con una gran agitación de hojas, de ramas que cabeceaban y tallos que se mecían. Bajo el sol despiadado, el susurro de la vida inconsciente se hizo más fuerte, hablando con una voz incomprensible que envolvía la muda oscuridad del dolor humano. Los ojos de Arsat vagaron muy despacio hasta que se quedaron fijos en el sol naciente.

—No veo nada —dijo a media voz como si estuviera hablando consigo mismo.